

tenido pero conservando su estructura y estilo, y así su forma más eficaz es siempre la que sigue *muy de cerca* el texto que altera. Sin embargo, *Mercado de espejismos*, parodia del género esotérico, comienza por no ejecutar –como ha visto ya la crítica– la urdimbre narrativa del texto parodiado<sup>3</sup>; al contrario, Felipe Benítez Reyes propone en este sentido su novela como una meditada réplica. Una réplica de esas tramas narrativas que, contra la lógica de la realidad, se cuadran con mecanismos artificiales e inverosímiles, conforme a una convención fabuladora que el novelista decide subvertir en nombre de su vocación de realismo: la *ficción de realidad* que busca ser su novela, la representación del caos incoherente de la vida, que jamás se cuadra con la rigurosa perfección de los relatos, no resiste el «festival de simetrías» (p. 372) en que basan los best-sellers parodiados su trabazón interna. Y el propio autor nos hace manifiesta su intención en las frecuentes reflexiones metaficcionales del narrador-protagonista, quien, por ejemplo, se adelanta a posibles objeciones con una advertencia que ironiza sobre las convenciones del género: «los entresijos de esta historia –augura Jacob– van a quedarse sin desvelar, lo que sin duda le resta prestigio como tal historia» (p. 361); o, más adelante: «Lamento en el alma haberles decepcionado (A menos que consideremos, no sé, que la simetría no representa un mérito, sino un defecto)» (p. 372). Y acaba por enunciar, hacia el final de la novela, la que ha sido definida como «una poética resistente a la coherencia, a la trabazón, a los finales orquestados en relación con los principios y los medios»<sup>4</sup>: las novelas, razona Jacob, no respetan la realidad por cuanto se sirven de ella para elaborar «artificios caprichosos y perfectos», y justamente en este matiz se distancian de la realidad, que elabora artificios igualmente caprichosos, pero imperfectos (p. 372). Felipe Benítez Reyes, escritor realista, decide urdir una novela desmañada precisamente por su voluntad de realismo: si la realidad misma «no hay por dónde cogerla», si la realidad no es, o no se percibe como armonía sino como caos, la

---

<sup>3</sup> Cfr. José María Pozuelo Yvancos: «Carrusel de impostores (*Mercado de espejismos*. Felipe Benítez Reyes)», *ABC de las Artes y las Letras*, 784, 10-16 de febrero de 2007, p.13.

<sup>4</sup> *Ibíd.*, p. 12.

fidelidad a lo real conduce al narrador a renunciar al broche, al círculo cerrado, y a aceptar que, como la realidad misma, su relato es –de nuevo con palabras de Jacob– «un memorial caótico de unos lances sin porqué, sin para qué y sin más sentido que el que tienen las cosas que nos pasan a cada instante» (p. 373). La novela se vuelve así una metáfora de la percepción de la realidad característica del hombre posmoderno, una realidad reconocida como paradójica, fluctuante, azarosa e irracional. Pero sobre esto regresaré más tarde.

Decía que *Mercado de espejismos* no es una parodia *sensu stricto*, pero ello no debe llevar a concluir, a mi modo de ver, que su autor ha fracasado en su propósito paródico. Si asentimos a los estrictos términos del estructuralismo genettiano, la novela tampoco respeta otro de los principios de este género hipertextual, que exige que la relación de dependencia establecida entre el hipertexto o texto en segundo grado y el hipotexto o texto de referencia sea de orden *no metatextual*: esto es, que el texto B no hable en absoluto de A<sup>5</sup>. He dicho que, por el contrario, Felipe Benítez Reyes pone constantemente en boca de los personajes de *Mercado de espejismos* reflexiones irónicas que hablan del hipotexto o texto parodiado, y hasta el narrador llega a reconocerse acorralado «en el corazón mismo de la subliteratura» (p. 269). *Mercado de espejismos* no es, no quiere ser una parodia «pura». La novela no parodia *masivamente*, aunque lo haga en incontables ocasiones –pensemos, por ejemplo, en los conatos narrativos de Lolo Letaud, esa especie de Dan Brown frustrado– el género esotérico, con el que además establece una relación metatextual (de burla o sátira directa). Y de ahí, en suma, que no sea seguramente exacto definir *Mercado de espejismos* como una novela de género paródico, sino, más bien, como una novela en la que la parodia funciona, actúa o se inscribe como una figura retórica, esto es, como práctica verbal puntual y no como práctica genérica<sup>6</sup>. De hecho, en muchos sentidos este *Mercado de espejismos* se emparenta más bien con la novela picaresca, no sólo por su desfile de

---

<sup>5</sup> Cfr. Gérard Genette: *Palimpsestos. La literatura en segundo grado*, Madrid, Taurus, 1989, p. 14.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 29.

pícaros, por la agudeza conceptista del estilo, por la omnipresencia del humor o por los numerosos guiños paródicos de la expresión, sino sobre todo por la disposición estructural desmañada de esta autobiografía ficticia, mucho más próxima a la frágil trabazón episódica de aquel género noble que a la estricta simetría argumental de las novelas mistericas.

En realidad, *Mercado de espejismos* no representa sino un capítulo más, o por mejor decir, una nueva y más incisiva incursión en ese mundo cerrado de recurrencias y obsesiones bien conocido para el lector de Felipe Benítez Reyes, que acaba por conformar un universo simbólico e imaginativo de identidad inconfundible, y que proyecta en los mismos títulos –*Trama de niebla*, *La maleta del naufrago*, *La certeza de las dudas... Mercado de espejismos*– una específica percepción de la realidad y una actitud ante el mundo. Si hablamos de poesía, los libros de Felipe Benítez transitan de la melancolía y la nostalgia a un desencanto lúcido, a la perplejidad de quien no encuentra sentidos para la «comedia larga y digresiva» de la existencia. La conciencia del vértigo del tiempo y de su usura desemboca en la extrañeza dramática de «no saber qué hacemos en el mundo», de sabernos en él «sin entender gran cosa», y enfrenta a la voz lírica a la certeza de que «somos / un puro divagar sobre qué somos» y también al silencio de la primera pregunta: «¿Qué es la realidad?». En el ensayo, el sujeto naufrago busca respuestas en el mar de la incertidumbre, donde parece sentirse pese a todo más a gusto que en la tierra firme de las certezas demasiado compactas, de los lugares comunes y las convicciones gregarias. Combatiendo las verdades absolutas con la disposición distanciada de la ironía, se diría que, con Machado-Mairena, el Felipe Benítez Reyes ensayista abraza el principio de la «duda integral», y se aplica al ejercicio saludable de repensar lo pensado, desaber lo sabido y hasta dudar de la propia duda, tal vez como el único modo de comenzar a creer en algo. (Resulta significativa la ironía de un personaje de *Mercado de espejismos* a quien el novelista confía muchas de sus ideas –tía Corina– sobre el incomprensible desprestigio de la duda, cuando es «la mayoría de las veces preferible a la certeza» [p. 339]). En la novela, el personaje tal vez más emblemático de Felipe Benítez Reyes, ese cóctel disparatado e hilarante llamado

Walter Arias, se retrata como un estupefacto e incansable preguntón, y de hecho, la demoledora perspectiva humorística que preside esta novela, y en general el ejercicio narrativo todo de Benítez Reyes, tiene mucho de parapeto contra el patetismo y la perplejidad. Por supuesto, interviene en este protagonismo del humor la idea de la novela que sostiene Felipe Benítez, para quien la aspiración de fondo de cualquier novelista ha de ser la de fascinar al lector<sup>7</sup> (no en vano en *Mercado de espejismos* pone en boca de tía Corina esta convicción: «las palabras no nacieron por una necesidad de comunicarnos, sino por nuestra necesidad de seducirnos» [p. 20]); sin embargo, es fácil reconocer en esta disposición lúdica esgrimida por el Benítez Reyes prosista la que se ha señalado como *manera* característica del sujeto posmoderno, a quien conviene aprestar estas armas a la hora de vérselas con una realidad huidiza, con un mundo sin certezas ni valores estables, que lo ha dejado braceando a la deriva en el naufragio de la perplejidad.

*Mercado de espejismos*, que mantiene un parentesco muy estrecho con *El novio del mundo* (no por caso Walter Arias, ahora el primo Walter, regresa para hacer perturbadora compañía a los protagonistas Jacob y Corina), aparece presidida por una pregunta que al final de la lectura se nos antoja retórica: «¿Jugamos?». Se ha dicho que leer las novelas de Felipe Benítez Reyes es siempre un juego inteligente; desde luego, a *Mercado de espejismos* cuadran muy bien las palabras que el propio novelista dedica a la literatura de «Ramón»: por cada una de sus páginas «corretea el fantasma de un arlequín piruetero gastando bromas»<sup>8</sup>. Algunas de estas bromas obedecen en parte al designio paródico que gobierna la novela; por ejemplo, no puede escapársenos la profunda ironía latente en un mecanismo que el autor utiliza de continuo y que él mismo describe a propósito de las ficciones de Chesterton, uno de sus principales referentes: «presentar un hecho de manera excepcional –y con grandes dosis de *sobrenaturalidad*– para luego resolverlo de forma implacablemente lógica y en clave de

<sup>7</sup> Felipe Benítez Reyes: «Ideas de la novela», en *Bazar de ingenios*, Granada, La General, 1991, p. 63.

<sup>8</sup> Felipe Benítez Reyes: «Ramón», en *Bazar de ingenios*, *op. cit.*, p. 18.